

¡Hombre! Comulga con frecuencia

“Delitiate meae esse cum filiis hominum”

Toda mi alegría es estar con el hombre (Son palabras que nos dice Jesucristo, Nuestro Señor, por boca de San Pablo).

Mis amados oyentes: Os tengo que decir una cosa que parece mentira: y es que el hombre con la boca cerrada sin mover la lengua, puede hacer un precioso sermón, puede predicar bien y con mucho fruto.

¿Cómo? Muy fácilmente.

No sólo se predica con la lengua ni se dice todo desde el púlpito. Es un hermoso sermón el leer en los libros de devoción y muchas veces de más valor que los otros. Considero de más provecho que un sermón hablado el **sermón de obras**, esto es, el **ejemplo**. El ejemplo por sí solo es algo buenísimo (formidable) y le da mucha fuerza al sermón hablado.

Cierto día salió el padre S. Francisco de su convento con otro fraile diciendo que tenía que predicar un sermón. Después de dar una vuelta a todo el pueblo, volvieron al convento y entonces su compañero le preguntó: Pero, Padre, ¿no ha dicho que tiene que predicar un sermón? Sí, respondió el Padre S. Francisco, hemos predicado no de palabra, sino de obra, con el ejemplo, enseñando de qué modo deben andar los cristianos en el mundo.

Silenciosos sermones de ese estilo, sermones de ejemplo, especialmente en este tema, hacen mucha falta en la actualidad para que las gentes de hoy aprendan alguna lección sobre el vestir y el andar los cristianos en el mundo.

Pero no voy a eso.

La Santísima Virgen (1) en su vida habló poco (hizo pocos sermones de palabra), pero los hizo silenciosos y con el ejemplo como nadie los ha hecho todavía. Cada paso de su vida es para nosotros un magnífico sermón.

Desde pequeñita comenzó a predicar con hechos, con el ejemplo. En primer lugar enseñó cómo debían ser los niños pequeños.

Después hizo un hermoso sermón para los jóvenes mostrando con el ejemplo que, quien desea guardar la inocencia, quien desea vivir sin pecado, tiene que huir del mundo y de sus lazos, y por eso se retiró en el templo de Jerusalén.

He ahí, jóvenes; si no queréis escuchar y cumplir lo que se os dice desde el púlpito, escuchad ese silencioso sermón de vuestra Madre y haced lo que Ella os enseña, de lo contrario os perderéis.

Muestra después cómo tienen que ser los que viven en el santo matrimonio. También os da magníficas lecciones a los padres: la paz y el amor mutuo, qué cuidado (celo) debéis emplear en la crianza de vuestros hijos en darles buen ejemplo, enseñarles buenos caminos y sobre todo mirad, padres, cómo María nunca pierde de vista a su hijo Jesús y, si una vez lo perdió sin culpa, cómo se empeñó hasta hallarlo.

Escuchad bien el silencioso sermón de la Virgen; no perdáis de vista a vuestros hijos, mirad dónde andan y con quién.

Pero entre esos sermones silenciosos, mediante el ejemplo, de la Virgen, sobresale uno (aparece uno sobre los demás).

(1) en Euskera Ama Virgiña = Madre Virgen

Recojamos, sinteticemos toda la vida de la Virgen y veámosla de una mirada y nos parecerá toda ella como un sermón. Y ¿qué nos dice en ese sermón, qué nos enseña, de qué nos da ejemplo?

Nos enseña, cristianos míos, a amar a Jesús.

Comenzad desde la cueva de Belén y seguid todos sus pasos hasta el pie de la cruz y veréis más claro el amor a Jesús de la Virgen.

Cristianos, ¿amáis a Jesús? Unos sí. ¿Queréis amar a Jesús?

No me diréis que no. ¿Cómo se le ama a Jesús? Haciendo dos cosas: una, separarse del diablo, pues no se puede amar al diablo y a Jesús (aunque piensen que sí muchos hombres de dos caras de hoy); por eso ante todo dejar el pecado.

Esto ya lo sabéis todos y por eso nada diré sobre ello, pero eso no es mucho, es solamente la mitad del camino. Nuestra segunda tarea es encontrarnos (recogernos) con Jesús, unirnos con Él. Y en verdad dos que se quieren, suelen querer estar juntos, y por eso Jesús, porque nos quiere, nos dice: "Delitiae meae esse cum filiis hominum". Toda mi alegría es estar con el hombre. ¿Y dónde se une mejor el hombre con Jesús que en la santa comunión?

¡Cristianos! ¡Hombres! ¿Queréis amar a Jesús como nos enseña María? ¿Queréis ser soldados de Cristo en esta dura guerra que contra Él se ha declarado en la actualidad?

Comulgad con frecuencia

¡Amado Jesús! Puesto que voy a hacer lo que más valoras, haz que esta plática sea de provecho. ¡Madre! Puesto que eres la que puedes mucho, alcánzanos del Señor esta gracia. Esto te pedimos todos arrodillados diciendo las palabras del ángel: Ave María.

Mis amados oyentes: Muchos creen que eso de comulgar todos los días es cosa apropiada y buena para mujeres, pero que es inadecuada para hombres que andan en negocios del mundo. Eso es una gran mentira. El hombre tiene que comulgar no sólo tantas veces como la mujer, sino más porque tiene mayor necesidad.

El cuerpo que se esfuerza (obliga) más, necesita más alimento que el que se esfuerza menos; por la misma razón el alma que se esfuerza más, necesita más alimento que la que se esfuerza menos, y como el alma del hombre se esfuerza (obliga, hierre) más que la de la mujer porque se encuentra en más peligros y ocasiones de pecado, y siendo el alimento del alma la Santa Comunión, según nos enseña el Catecismo, por eso el hombre tiene que comulgar con más frecuencia que la mujer.

Es lamentable (deplorable) la triste situación del mundo de hoy: por todas partes vemos maldad, desgraciadas dudas y negaciones de la fe, viva persecución contra la religión y una guerra acre (fuerte, viva) contra Cristo. Y ¿de dónde han venido todos esos males? ¿Quién los ha producido?. El hombre, cristianos míos, el hombre. El hombre, con hechos, el hombre, con palabras; el hombre principalmente escribiendo cosas malditas. El hombre, el hombre nos ha traído todas esas desdichas y maldiciones.

Ciertamente ha habido mujeres malas: en las recientes decapitaciones que ha tenido Francia, tomaban parte (hacían bandada, panda) las mujeres; ¿pero quién cortó aquellas cabezas? El hombre.

Ha habido mujeres que han rematado a patadas a hombres que agonizaban en el suelo; pero ¿quién les tiró al suelo? El hombre. El hombre es el culpable, el hombre lo tiene que remediar; pero los hombres cristianos de hoy día no tenéis coraje, estáis débiles, sin fuerza. ¿Por qué? Porque no coméis. Venid ahí y alimentaos con ese Pan.

Nunca me he cansado, y mientras el Señor me dé aliento, no me cansaré de decir y de confesar con toda la fuerza de mis pulmones que Cristo no es sólo un amigo nuestro, un hermano nuestro, no. Es además Rey. El domingo de Ramos todo Jerusalén cantó: “Hosanna rex Israel”, viva el Rey de Israel. Pilatos en su tribunal le pregunta: “¿Ergo Rex es tu?” ¿Eres acaso el Rey? Cristo responde: “Tu dixisti quia ego sum”. Has dicho bien; lo soy. S. Juan Evangelista nos dice que vio a Cristo en el cielo con un hermoso traje (vestidura, túnica) y que en ese traje se leía: “Rex regum et Dominus dominantium”, Rey de todos los reyes y señor de todos los señores. S. Pablo dice: “Oportet illum regnare”. Conviene que Él reine.

Digo, pues, que Jesucristo es Rey no sólo de los corazones de los hombres, sino de todos los pueblos, de todas las naciones, de todo el mundo. “Rex regum et Dominus dominantium”, Rey de todos los reyes y señor de todos los señores.

Tiene derecho a reinar en todo el mundo; y no sólo tiene ese derecho, sino que conviene que Él reine; y no sólo conviene sino que además “Oportet illum regnare”, es necesario, necesarísimo que reine Cristo como dice S. Pablo.

Pero de verdad, amados cristianos, ¿reina Cristo en el mundo? ¿Reina en las naciones?. ¡Ah! Es muy doloroso confesarlo, pero es la verdad: Cristo no reina hoy no sólo en las naciones que no tienen fe, sino tampoco en las naciones que se dicen cristianas. No vayáis lejos, mirad a esta España llena de desdichas: de todas partes han alzado hasta las nubes un grito diciendo a una con los Judíos: “Nollumus hunc regnare super nos”. No queremos que Cristo reine sobre nosotros.

Allí, de aquella casa grande del Gobierno, han arrojado a Cristo a un rincón diciendo entre blasfemias que el reino de Cristo ya pasó de moda.

Han echado a Cristo de las leyes, han echado a Cristo de los libros, han echado a Cristo de los periódicos, han echado a Cristo de las escuelas, han echado a Cristo de los casinos y cafés, han echado a Cristo de las tabernas, han arrinconado a Cristo en todas las diversiones y juegos, han arrinconado a Cristo en esos asquerosos teatros y bailes.

En todos ellos han gritado “Nollumus hunc regnare super nos”. No queremos que Cristo reine sobre nosotros. Entonces ¿dónde va a reinar? ¿En los templos y en los conventos? Tampoco; quemad y abrasadlos todos como hicieron en Barcelona. Y ¿qué le tenemos que hacer a Cristo? Lo que un gran hombre (hombre importante) dijo en el Congreso: “Guerra cruel a Cristo”.

Amados cristianos, decidme: ¿No es esto lo que sucede hoy en la misma España? Y ¿quién ha cometido esa villanía? El hombre, el hombre ha quitado a Cristo su reinado; por tanto, el hombre le tiene que colocar otra vez en su trono. ¿Cómo?

Comulgando con frecuencia. En cada comunión reconocéis a Cristo como vuestro rey y lo colocáis en el trono de vuestro corazón.

Pero Cristo no es tan sólo rey del corazón, es además rey de los pueblos, rey de las naciones, rey de todo el mundo. Y ¿cómo se confiesa (manifiesta) ese reinado?. Cantando a una con las gentes de Jerusalén tras el Señor Sacramentado, cuando se le saca en las procesiones: “Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna rex Israel”. Bendito el que viene en el nombre del Señor. Viva nuestro Rey.

Pero para poner a Cristo en su trono necesitamos hombres activos, hombres fuertes de recia voluntad, de gran valentía, a quienes no asusta el trabajo, el riesgo y la misma muerte, y hoy día se encuentran pocos soldados de Cristo así. ¿Por qué? Porque tienen hambre, están débiles; he ahí el rancho- perdonar la expresión- de los soldados de Cristo. Dad un paso adelante y comed de ahí y os fortaleceréis.

Vamos a mirar a los primeros siglos. En aquellas duras persecuciones la Iglesia había establecido que los cristianos, antes de ir a los tribunales a confesar la fe de Cristo, recibieran la Santa Comunión. Y fortalecidos con este sacramento, confesaban la fe de Cristo de modo que se asombraban los mismos verdugos y soportaban los mayores tormentos como si nada (como una friolera).

Muchas veces habréis oído que quienes van mucho a la Iglesia y comulgan con frecuencia no valen más que para colocarlos ahí donde están los santos. Eso no es verdad, sino una gran injuria a Cristo.

En todos los tiempos y lugares los hombres que han comulgado con frecuencia han sido los más valientes, los más fuertes, y los que más han trabajado a favor de la religión y de la nación.

Juana de Arco de Francia tenía un batallón especial y con él ganaba las batallas que tenían el mayor riesgo, y mediante aquel batallón liberó a Francia de las garras del Inglés. Y ¿sabéis qué batallón era aquel? El formado por los hombres que comulgaban todos los días.

Hombre célebre fue Tomás Moro, el que actuaba como secretario del rey de Inglaterra; éste comulgaba todos los días. Muchas veces le debieron decir que un hombre metido en negocios (asuntos) como él, no debía comulgar tanto. Al contrario, respondió él, porque tengo mucho trabajo, me hallo necesitado de muchas cosas y todas ellas las encuentro en la Santa Comunión.

Cuando Montalembert tenía que hablar en Francia a favor de la religión, se fortalecía (se llenaba de fuerza) mediante la comunión. El afamado (¿guerrero, militar?) García Moreno se vigorizaba con la Santa Comunión para realizar cualquier cosa importante.

De modo especial se manifiesta la fuerza de la Comunión en una guerra que los españoles hicieron contra los moros. Cierta día en la parte de Valencia unos soldados cristianos españoles se quedaron sin darse cuenta rodeados de moros. En la mañana en que tenían que dar la batalla, aquellos soldados cristianos pidieron la Santa Comunión; pero no había tantas formas como eran necesarias y solamente comulgaron seis oficiales o jefes; pero el amado Jesús quiso confortar a los demás soldados mediante un milagro. Y de aquellas seis hostias cayeron algunas gotas de sangre sobre el lienzo del altar o corporal y aquellos corporales quedaron enrojecidos

por la sangre. Tan pronto como empezó la batalla, el sacerdote que había celebrado la Misa colocó en la punta de un palo aquellos corporales mojados de sangre y les mostraba en un lugar elevado a sus soldados aquel milagroso estandarte de modo que de aquellas manchas de sangre salía una luz como el sol. Al verlos los soldados cristianos vencieron a los moros con más valor que los leones.

¡Cristianos! Hoy nos hallamos en la misma situación. Nos hallamos rodeados si no de moros, de semejantes a moros y acaso peores y así como allí, desde aquel castillo de Valencia, aquel sacerdote levantaba aquellos corporales milagrosos, hoy desde aquellas alturas del Vaticano, un venerable sacerdote, Pío décimo eleva, no un corporal, sino el mismo Corazón de Jesús y clama diciendo: Mirad, soldados de Cristo, si queréis que éste reine en el mundo, comulgad cada día; si queréis vencer a aquellos moros, fortaleceos mediante la Santa Comunión.

Ahora pregunto yo: ¿Quiénes tienen que comulgar más, los hombres o las mujeres? Todos, comenzando desde pequeños, pero principalmente los hombres, pues los hombres tienen razones justas y de peso (apretadas) para comulgar con tanta frecuencia o más que las mujeres. Pero ¿qué dirán en el pueblo si me ven recibir al Señor a diario haciendo ruido con el rosario en esa barandilla del altar? Me burlarán, Señor. Tal vez me hable así alguno de vosotros.

Mira, ¿no eres tú por medio del bautismo guerrero de Cristo, soldado de Cristo? Pues dime: y ¿qué dirá Cristo al verte tan cobarde? ¿qué dirá cuando vea que un tiro hecho sin bala, con sólo pólvora te espanta?

Y ¿qué son todas las habladurías del mundo sino unos tiros hechos con sólo pólvora, que meten ruido pero no son capaces de matar a nadie?. Y al ver que tiembles sólo con el ruido, ¿qué dirá Cristo?. Si eres tan cobarde y miedoso, bórrate del libro de bautismo, bórrate del ejército de Cristo porque Cristo no quiere en su ejército un soldado a quien le asuste el ruido del cañón.

Pero si queréis ser soldados de Cristo, sed soldados valientes, fuertes, no miedosos, no vergonzosos, no, mostrad vuestro rostro, ante el mundo, no tembléis por lo que diga el mundo, no os asustéis con sólo el ruido del cañón, ni tampoco con el silbido de la bala; comed de ese pan y reconfortaos, si queréis amar a Jesús como le amó la Virgen, si queréis seguir a Jesús como le siguió la Virgen. Mirad, María le siguió a Jesús no sólo en aquella cueva de Belén entre cantos de ángeles, no, le siguió al desierto y al monte Calvario entre los soldados. También vosotros no le sigáis, no seáis soldados de Cristo solamente aquí en la Iglesia, sino también fuera, entre enemigos, en el monte Calvario. Y allí, así como esa madre querida abrazó (agarró) el árbol en el que pendía su hijo, abrazad (empuñad) vosotros esa bandera de Jesús entre todos los enemigos y no la dejéis hasta mojarla con la última gota de sangre, pues, “qui usque in finem perseveraverit hic salvus erit” Sólo se salvará quien permanezca hasta el fin. Que así sea.

A. Amundarain
Escritos inéditos
Tomo LI. 4- Pág. 1-8

14-Mayo -1911